

LA NEUTRALIDAD DE COLOMBIA

Sus únicos motivos, la lealtad y la propia conciencia de la incapacidad para prestar socorro.

¿Cuál será la actitud de la América Latina en este conflicto? Fue la pregunta que vino a los labios de todos cuando los Estados Unidos se hicieron beligerantes. Aquella forma era demasiado general para obtener una respuesta adecuada. *América Latina* no es una denominación política; no designa una confederación homogénea tal como los Estados Unidos. Es simplemente el nombre de familia de muchos pueblos asentados dentro de los límites de un mismo continente, cada cual con su propia constitución y sus peculiares condiciones políticas, económicas y sociales.

Así que la respuesta, a esa demasiado comprensiva pregunta, no puede darse sino luégo que se emita la definitiva decisión de cada uno de los países de la América Latina, y ello es lo que se está haciendo. Quiénes de estos países declararon la guerra a Alemania; quiénes tienen tirantes sus relaciones con el gobierno imperial; quiénes se limitaron a expresar su simpatía por la conducta del Tío Sam, y algunos han quedado neutrales, ya proclamando francamente esa intención, ya encerrándose en completo silencio. Por causa de este último es por lo que aún se pregunta: «¿Qué hará la América Latina en esta emergencia?» Los neutrales causan, como siempre, en los pueblos agitados, justa o injustamente por los sentimientos de la lucha, las ansiedades peculiares al estado de duda.

Colombia es una de las Repúblicas de la América del Sur que desde el principio manifestó su resolución de observar neutralidad. El gobierno del presidente José Vicente Concha hábilmente secundado por su Ministro de Relaciones Exteriores, señor Marco Fidel Suárez, adoptó esta política como la más conforme a los

principios de justicia y a las circunstancias del país, tales como ellos, estudiándolas honradamente, las hallaron. Un completo, aunque rápido examen de los hechos, demostrará la discreción con que ellos han procedido.

Ante todo vamos a probar distintamente que la neutralidad de Colombia no significa en absoluto que la causa que lleva a los Estados Unidos y sus aliados a la guerra sea indiferente para Colombia. La mejor prueba de esta aserción se puede encontrar en la respuesta que el Gobierno de Colombia dio al anuncio oficial de Alemania de la nueva campaña submarina: «El Gobierno de Colombia siente gran pena al saber hasta qué extremos ha caído la guerra moderna, con completo olvido de los principios civilizados que adopta la ley internacional, y se reserva el derecho de protestar desde que los intereses de Colombia o de alguno de sus ciudadanos, sean ultrajados por la nueva campaña.»

Quien tenga noticia de Colombia, de su organización, y de su carencia absoluta de fondos y de recursos eficaces para la guerra, debe admitir que ella no podía hacer otra cosa dentro de los límites de su dignidad. Colombia justamente comienza a dar los primeros pasos en el camino de un verdadero desarrollo de sus potencialidades, pero hasta ahora no ha avanzado mucho. Sus riquezas naturales se hallan en estado primitivo: Si después de larga y paciente labor, fueren impulsados hasta el punto de que ellas pudieran servir para la guerra, ello vendría demasiado tarde. Por otra parte, su fuerza militar es insignificante; su poder naval no existe. Bajo tales condiciones, la pretensión de participar en tan gigantesca lucha, habría sido un vulgar alarde, simplemente ridículo ante los ojos del mundo entero. Esta es la razón por la cual el gobierno de Colombia, respetando las condiciones y el honor del país, eligió la política de la neutralidad,

sin olvidarse de protestar por la causa de la justicia.

El verdadero espíritu de Colombia no ha sido bien comprendido por muchos ciudadanos americanos; a pesar de no ser ella un país cuya cooperación en la guerra prometiera o amenazara mucho, su neutralidad ha sido en cierto punto materia de recelo para los Estados Unidos. Acaso el motivo de la suspicacia ha sido el hecho de ser Colombia vecina inmediata al Canal de Panamá y en la especial naturaleza de sus relaciones con los Estados Unidos a causa de la independencia de Panamá, antigua provincia suya. Sin el menor fundamento se han hecho comentarios y han circulado nuevos cargos indebidos a la República, y ello no obstante, es innegable que la conducta del gobierno de Colombia ha sido completamente leal para los Estados Unidos.

Se ha dicho que Colombia so capa de una falsa neutralidad encubría parcialidad hacia Alemania. A lo menos en los días inmediatos a la entrada de los Estados Unidos en la guerra, hubo rumores de que había submarinos colocados en Cartagena y en otros puertos del país. Por supuesto la absoluta falta de hechos capaces de dar alguna apariencia de verdad a tales acusaciones, bastaba para convencer a cualquier persona de sentido común que ello era un absurdo. Y aquel recordar persistente del Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia a los ciudadanos la inapreciable importancia de guardar con toda precaución la neutralidad segura, no deja duda respecto de esta materia. El más escrupuloso examen de los hechos y palabras del gobierno colombiano demuestra concluyentemente que no hay allí el más mínimo apoyo a ninguna de las naciones que están en guerra. La misma serenidad con que Colombia oía y denegaba las cosas de que la acusaban, es una muestra muy significativa de que su conducta ha sido del todo correcta.

Pocos días antes de que los Estados Unidos declararan la guerra, el senado de América había estado considerando el nuevo tratado que debía celebrarse con Colombia para cortar todas las diferencias suscitadas entre los dos países por causa de la separación de Panamá; y como el senado no llegó a una conclusión definitiva, los enemigos de Colombia, que supusieron se había ocasionado con eso un grave disgusto en ese país, trataron de sacar mucho provecho de él. Si se les creyese, Colombia aparenta una neutralidad equívoca, como para intimidar a los Estados Unidos con dudosa actitud, amenazando tomar parte con Alemania si el tratado no se aprueba. Pero el tratado ha sido pospuesto debido a los muchos e inesperados problemas que han surgido del estado de guerra y que ocupan la atención de los miembros del congreso; porque Colombia ha esperado durante tanto tiempo con suma paciencia la decisión del tratado sin decir ni hacer nada, de ahí tomaron ansa los calumniadores para levantar aquella acusación, respecto de la cual ni las autoridades ni la prensa han hecho la menor sugestión. Tal sospecha reñida está con nuestro castellano sentimiento de honor y de decoro.

La república de Sur América, sin quebrantar la estrecha línea de su neutralidad, siempre ha dado, y nunca más claramente que ahora, grandes pruebas de respeto por los Estados Unidos. Debo confesar que algunos periódicos han usado a veces términos inconvenientes refiriéndose a este país, pero en verdad, no son ellos los más importantes, y es imposible impedir por completo este género de recriminaciones cuando hay libertad de prensa. Es esta libertad una de las conquistas que reclama el sistema republicano, aunque sí debemos confesar que su abuso es profundamente deplorable. El gobierno de Colombia ha hecho todo lo posible para evitar este daño y no deja de llamar al

orden a los infractores. En los Estados Unidos algunos periódicos ligados al expresidente que ayudó a Panamá cuando este país se hizo independiente, hablaron irrespetuosamente de Colombia, mas Colombia nunca prestó atención a tales cosas, segura de que ellos no eran la fiel expresión de la opinión pública de América. La palabra oficial de un país no se recoge nunca en papeles no respaldados por un partido responsable; se debe tomar en los hechos y dichos de su gobierno y congreso, quienes responderán necesariamente de todo lo que digan y hagan; y el congreso y el gobierno de Colombia han tratado siempre a los Estados Unidos con respeto y alta consideración.

En la conducta de Colombia, no hay, pues, nada que pueda tomarse como signo de parcialidad hacia Alemania, y menos aún como falsía en sus sentimientos para con los Estados Unidos. El gobierno comprendiendo que las especiales condiciones y el estado del país se oponían a toda declaración de guerra, adoptó una franca neutralidad, y al hacer esto no ha pecado contra la lealtad debida a las naciones en lucha. Colombia pudo haberse ganado la buena voluntad de los americanos con arrogantes protestas a lo cual no se hubiera puesto objeción alguna; mas nunca lo quiso hacer, como tampoco asumir una línea de conducta que pudiera sospecharse de dudosa. Ambas cosas son impropias de su dignidad. Ha dicho que será neutral, y guardará su palabra en el más completo espíritu de amistad para con los Estados Unidos.

JOSÉ MARÍA RESTREPO MILLAN

(De *The South American* de Nueva York. Traducido del inglés por la señorita María Restrepo Millán).

